

EDITORIAL

CIENCIA LOCAL, CIENCIA GLOBAL

Colombia es, sin duda, un país de contrastes y de contradicciones. Si uno mira la producción científica, por ejemplo, puede defender la tesis de un país de sabios y de escritores cultos, en donde todo profesional es un "científico". Pero también puede encontrar pruebas para tildar a Colombia de país de analfabetos, de país que se limita a consumir ciencia foránea. Nuestro problema –y ésta es la tesis que quiero defender aquí– es que la ciencia que producimos la destinamos a enaltecer el ego local. Las contribuciones a esa Ciencia que algunos han considerado la más importante empresa humana global, en cambio, se cuentan con los dedos de las manos.

Siempre he criticado nuestra tendencia histórica a crear nuevas publicaciones, casi siempre de vida efímera, para demostrar nuestra capacidad investigativa. En Colombia –y no es sino mirar la información de la base de datos del ISSN– cada vez que surge un nuevo grupúsculo con ínfulas científicas, su primer paso es crear una publicación seriada más. En vez de tener una docena de revistas sólidas y con tradición, en Colombia tenemos centenares de revistas (y no es exageración), casi todas ellas penando por falta de autores y por iliquidez en sus finanzas. Aquí cada facultad universitaria, cada asociación científica, cada gremio, cada institución pública o privada, quiere su propio medio de expresión, que rara vez cruza las fronteras de su respectiva parroquia.

En un país desarrollado se ayuda al científico a publicar en las revistas indexadas, evaluadas por pares, muchas de ellas con tradiciones centenarias. Aquí no.

La contradicción más grande está ahí: si miramos el volumen de "ciencia" impresa para el consumo local, nos sentimos herederos legítimos de la tradición literaria de Núñez y de Caro, y hasta de Marroquín,

de Valencia o de Belisario, prolíficos poetas y no tan buenos políticos. Pero una mirada global nos muestra otra perspectiva diferente. Incluso desde el panorama de los países en desarrollo, la producción colombiana es modesta, ya sea que la evaluemos en su volumen (Rosselli, 1998, 1999) o en su impacto científico, determinado por el número de citas que nuestras publicaciones reciben en la literatura internacional (Rosselli, 2005).

Pero en el complicado y cambiante ecosistema científico también se da la dura lucha por la supervivencia, y sólo los más fuertes saldrán airoso. En buena hora Colciencias ha intervenido para tratar de introducir algún orden entre tanta biodiversidad literaria. La lucha por ingresar, primero, y luego por ascender y por mantenerse en este escalafón científico está aplicándole normas globales a nuestro entorno de provincia. Sólo resta preparar a nuestros investigadores no ya para llenar páginas y páginas de prosa fluida, sino para producir información respaldada en el rigor, y para mercadear su conocimiento a ver si –al fin– la ciencia nuestra se proyecta al mundo.

La indexación con estándares internacionales es sólo una estrategia entre muchas otras que necesitamos para salir del provincialismo científico. Aprender a escribir es otra. Nuestros profesionales se gradúan muchas veces sin tener que redactar siquiera una frase propia gramaticalmente coherente. Los califican a punta de pruebas de escogencia múltiple. Las tesis, cuando existen, son volúmenes de largos párrafos con sintaxis infortunada, cuando no son producto del "corta y pega" que tanto facilita la Red.

Los incentivos académicos son una iniciativa más, que ha ganado terreno en las universidades públicas y en las privadas. Mucho han tardado nuestras instituciones educativas en comprender que la

moneda en la que se cotiza la verdadera universidad no es tanto el número de cartones que expida (o peor, el número de estudiantes que admita) sino la producción científica, en revistas indexadas, de su comunidad universitaria.

Sí, en este país de contrastes y paradojas hay espacio para los pesimistas que ante nuestro retraso científico sólo ven la posibilidad de la emigración. Pero es más fecundo el campo para los optimistas,

que vemos en el complejo panorama biológico, geográfico, social y hasta político de Colombia muchas oportunidades para contribuir desde la ciencia a nuestro propio desarrollo, y al de las disciplinas científicas globales.

Diego Andrés Rosselli Cock

Médico neurólogo

Correo electrónico: <rosselli@cable.net.co>

Barranquilla, julio de 2006

REFERENCIAS

Rosselli D. 1999. Geography of biomedical publications. *Lancet*, 354(9177):517.

Rosselli D. 1998. Latin America biomedical publications: the case of Colombia in Medline. *Medical Education*, 32(3):274-277.

Rosselli D. 2005. ¿Quién es el científico colombiano más reconocido? *Portafolio*, Junio 02, 2005.